

FILMS SELECTOS



ANITA LOUISE

40
cts.



ANN SOTHERN
(Foto R. K. O.-Radio.)

FILMS SELECTOS

AÑO VIII — N.º 315

DIRECTOR:

J. Esteve Quintana

Vergara, 3.-Teléfono 22890

B A R C E L O N A

Número suelto: 40 cts.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS



Dos escenas
de «La rei-
na mora».



**problemas que
plantea la cine-
matografía lírica
y la
posición de Espa-
ña ante los films
de este género**

DESDE los comienzos del séptimo arte, la música ha sido uno de sus complementos más necesarios. Aún —en plena exuberancia del cine mudo—, en aquella época en que la expresión racialmente cinematográfica lo era todo —desde que Murnau nos dió a conocer su «Amanecer», joya del cine de todos los tiempos—, la música tuvo participación en los films para su mayor amenidad.

Se pudo ir a la supresión de los rótulos porque la emotividad de algunos films fuese totalmente visual, de la misma forma que en ciertas películas habladas se ha procurado suprimir el diálogo; pero la música ha sido elemento primordialísimo tanto en la época pretérita como en la presente.

El advenimiento del sonoro creó el verdadero problema de la música en el film, puesto que toda película requirió una adaptación musical perfecta, que encuadrara armónica y melódicamente en cada escena. La música, en el cine, tiene la misión de subrayar los momentos trascendentales, de matizar las imágenes ligadas más o menos estrechamente con el folklore de algún país, y con ella, algunos directores —no preci-

samente los más mediocres—, allanaron los mayores escollos descriptivos.

La palabra vino a retardar el desarrollo de la acción cinematográfica, convirtiéndola en un espectáculo lento. La música, en cambio, coadyuvó al triunfo de la nueva modalidad cinematográfica, con la aportación de sus bellezas armónicas, que necesariamente nos debían sustraer a la rapidez del film, para hacernos gozar con delectamiento de todos los matices artísticos de la película.

El cine hablado, hasta ahora, aparece menos cinematográfico que su antecesor, pero nos presenta un arte más completo con la asesoración de la literatura y de la música. Aún nosotros admitiríamos que por razón de sus principios, se le desposeyera del más mínimo empaque literario; pero la complementación musical creemos que es algo absolutamente necesario en el film.

Como decíamos más arriba, toda la historia del cinema va ligada a la música. A los acordes de los violines de los estudios, vivieron escenas de amor ante la cámara las más famosas estrellas, hábito que data ya de la película italiana de principio de siglo.

Cuando el público vió en esta industria más que una distracción, un arte intenso y prometedor, sintió la necesidad de pedir para cada película una adaptación musical ex profesa, costumbre tan prodigada en los últimos tiempos del cine mudo que los directores de orquesta de nuestros principales salones rivalizaban en su afán artístico de dotar cada película con una partitura amplísima en motivos musicales.

Evidentemente, esto debió predisponer a toda la afición cinematográfica a que acogiera las primeras operetas que nos legó el sonoro. Desde el primer año del cine parlante, ha habido una verdadera invasión de films musicales en el mercado universal.

La opereta vienesa y la comedia musical de los Estados Unidos, han gozado, en la misma medida, del favor del público. Empero, pasado el primer lustro de cine sonoro, el espectador —y en este caso nos referimos esencialmente al español—, empieza a sentirse cansado por la monotonía de una música —aunque agradable y seductora— demasiado igual.

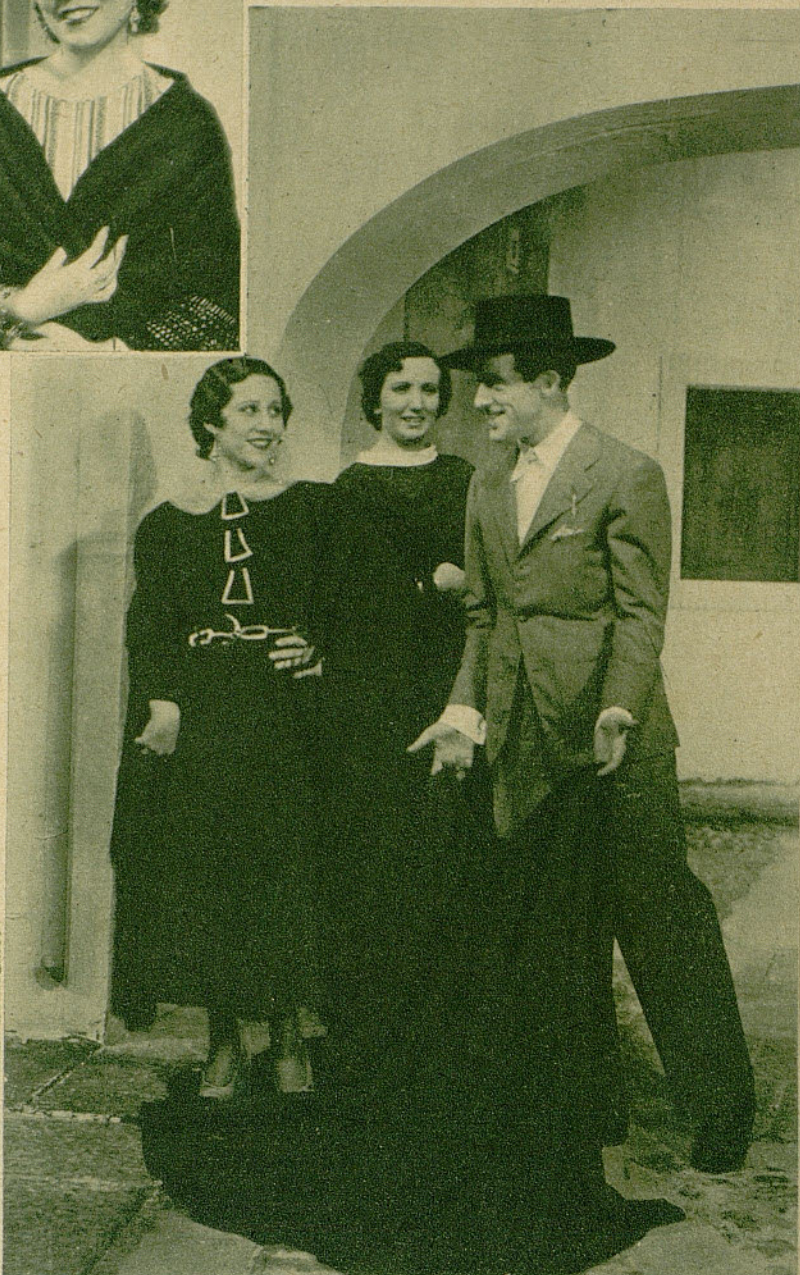
Franz Lehar, Robert Stolz, Berlin —admirados



Ambos compositores han sabido describir a España en el pentagrama. La personalidad de uno y otro es una línea de continuación; donde termina Bretón empieza Serrano; aquél representa el pasado, éste el presente. Bretón y Serrano son el enlace de la lírica española entre dos siglos.

La música, tan apreciada en el cine, no debía ser elemento extraño al séptimo arte español, y por la misma razón no podían quedar al margen de esta manifestación artística ni Bretón, ni Serrano, ni otros compositores españoles que, tarde o temprano, habrán de afluir al cine.

«La reina mora», versión de la célebre zarzuela, Eusebio F. Ardavin ha vertido en imágenes de celuloide, aparte el valor intrínseco que como obra artística tiene, posee una cualidad altamente relevante en su aspecto musical. No es ésta la oportunidad de hacer una crítica de la hermosa partitura de José Serrano —a



Cuatro momentos del film «La reina mora».

(Fotos Cifesa).



De estas dos producciones, ambas filmadas bajo los auspicios de Cifesa, podríamos hacer un elogio muy extenso sin salirnos de la medida justa; pero ahora sólo queremos enfocar nuestro comentario en el sentido de remarcar la importancia que cada una de ellas representa por sí misma, dentro de las variaciones artísticas de nuestro cinema.

Casi nos pesa haber mentado «La verbena de la Paloma», porque después que ha sido refrendada ya por un aplauso popular, poco nos resta decir de ella. «La verbena...» es la descripción fiel de una época de la vieja España, para lo cual era imprescindible el asesoramiento de la música. Tal vez —y con todo nuestro respeto a la memoria de Ricardo de la Vega—, la verdadera esencia de esta obra está en la partitura del maestro Bretón.

«La verbena de la Paloma», como film musical español, es lo único definitivo que hasta ahora se había hecho en España. Era obvio que al compás de los aplausos conquistados por aquel film, habría de nacer otro que, si no llegaba a eclipsarle, estuviera a su misma altura.

Para ello era preciso medir fuerzas iguales. De celebridad a celebridad. Y oponer a la fama de Bretón otro nombre famoso, para lo cual había que recurrir al maestro Serrano.



lo que nos entregaríamos con vivísimo placer— sino de poner de relieve la acertada orientación de Cifesa al incorporar a su repertorio de grandes producciones, un film que recoge a la par que una historia de amor llena de sutilezas, los caracteres, las costumbres y la música de una región española, a través del celebrado ingenio de ilustres personalidades de nuestro arte.

Gonzalo de A. PIE

universalmente—, dejan de ser, no obstante, los predilectos del público. Algunos directores americanos —y aún europeos—, han ilustrado sus films más recientes a base de obras sinfónicas de otros compositores también de renombre mundial, pero absolutamente alejados de la música de sabor frívolo.

Nosotros, los españoles, al planteárenos el problema del film musical, todavía tenemos indemne la musicografía española. Aparte de algunas ilustraciones rápidas, Falla, Turina, Granados y otros compositores sinfónicos españoles de fama internacional, poquísimas veces fueron llevados al cinema.

Naturalmente, no se reduce a este género todo nuestro tesoro musical, aunque, si tal fuera, poco grave sería el mal. Tenemos, además, la cantera inagotable de nuestra música de los géneros líricos teatrales llamados «grande» y «chico», al que ahora se ha recurrido al llevar a la pantalla obras de un valor musical tan notorio como «La verbena de la Paloma» y «La reina mora».

HABIA tenido ocasión de comprobar un sinnúmero de veces la profunda impresión de los artistas que actuaban ante las cámaras y micrófonos al producirse esa quietud sepulcral que preside el «set» en el momento de la filmación. En unos, se manifestaba por un tic nervioso de las comisuras labiales. En otros, era un parpadeo permanente que hacía imposible la toma de primeros planos. Y en los más, era la súbita tartamudez que se apoderaba de ellos.

Nunca comprendí cómo gentes acostumbradas a dominar los públicos más difíciles podían emocionarse de manera tan ostensible ante el pequeño grupo de electricistas, mecánicos y personal técnico del estudio. Porque, no crean ustedes que me refiero a un «extra» que tuviera que pronunciar dos o tres palabras. No. Hablo de artistas de gran talla en el teatro y que todos ustedes conocen.

Lo cierto y seguro es que al oír la voz de «Silencio!», se descomponían hasta el disloque.

Recuerdo que una vez todos esperábamos con gran expectación la primera escena, en la que debía tomar parte un actor cómico, muy conocido de todos, para reírnos de lo lindo con su excelente trabajo.

Finalmente, abandoné mi vocación artística por otra más interesante y que yo no conocía: la parte técnica de la confección de películas. Y en ella llevaba ya un año y medio, sin faltar un solo día a mi trabajo como ayudante de director. De modo que el encontrarme entre lámparas, cámaras, micrófonos y cien mil cables era para mí tan natural como será para ustedes el asistir a sus oficinas o quehaceres. Es claro.

Un buen día, sin embargo, me hallé contratado en Londres como director de diálogo y ayudante de director para una cinta hablada en español.

La travesía del Canal de la Mancha había sido muy mala y uno de los artistas se indispuso tan seriamente que tuvimos que reexpedirlo inmediatamente hacia Madrid. Y, claro, quedó un papel sin artista. Después de muchas y acaloradas discusiones, no tuve más remedio que aceptar el papelito, para no ocasionar más contratiempos a la compañía productora.

Vestido con un uniforme insensato, llegó el día de mi debut. Yo me encontraba más tranquilo que una balsa de aceite. Y con la cara

PANICO AL SILENCIO



— ¡¡Silencio!!

El maquillaje, la situación, el traje, todo era graciosísimo. Los ensayos habían sido buenos y sólo faltaba empezar la escena. Nos sentamos entre lámparas y proyectores y nos dispusimos a presenciar el primer «take». Desastroso. En la mitad de la escena se le olvidó el diálogo y hubo que cortar. Empezamos de nuevo, y en el segundo «take» fué un tartamudeo pertinaz que tampoco debía admitirse. Se cortó la escena otra vez.

Los carpinteros empezaron a dar martillazos, preparando un nuevo decorado; los electricistas a colocar lámparas para iluminar otro «set» y los asistentes a dar órdenes. Con el ruido, aquel hombre se tranquilizó como por encanto. Ensayó, una vez más, la escena y como todo salió perfectamente, nos preparamos para un nuevo «take». «Tout le monde en place et silence!»

El director pidió:

—Moteurs!—

Y en el silencio absoluto volvimos a escuchar el monótono canturreo de las cámaras... Empezó, por tercera vez, la escena y de nuevo se tuvo que interrumpir... Total: la tomamos diecisiete veces. Desde las diez de la noche a las cinco de la madrugada con una escena cómica, que da poco nos hace llorar.

Cuando yo empecé a trabajar en el cine lo hice en calidad de «extra», y entre todos los que aspirábamos a alcanzar un papelito de cierta importancia, comentábamos despiadadamente esta clase de percalances...

Nuestro colaborador Fernando G. Toledo en funciones de director de diálogo en los estudios Paramount.

maquillada y el manuscrito bajo el brazo, seguía haciendo el trabajo mío de dialoguista y ayudante de dirección.

Ensayé la escena y todo fué a pedir de boca. El director estaba muy sonriente al ver mi serenidad como actor e inmediatamente nos preparamos para el «take». Yo me coloqué detrás de la puerta por la que debía entrar en escena y di mis últimas instrucciones como ayudante:

—Everybody ready! Quiet, please! (Todo el mundo preparado. Silencio.)—

A partir de entonces, iba a empezar mi trabajo como artista. Noté que se me hacía difícil la respiración. El corazón me latía tan fuerte que temía que oyeran el ruido los electricistas que me rodeaban. Luego oí el «rodar» de las cámaras... ¡Caramba! ¡Cómo tardaba el director en darme la señal para entrar! Por fin se alumbró la lamparita que significaba mi entrada.

Decidido, abrí la puerta y dije:

—¿Qué de...no...no...ta...ción es la ésa?—

El otro artista, me miró muy serio sin saber qué contestar. Y yo mismo me volví a las cámaras y grité:

—Cut! (¡Cortar!)

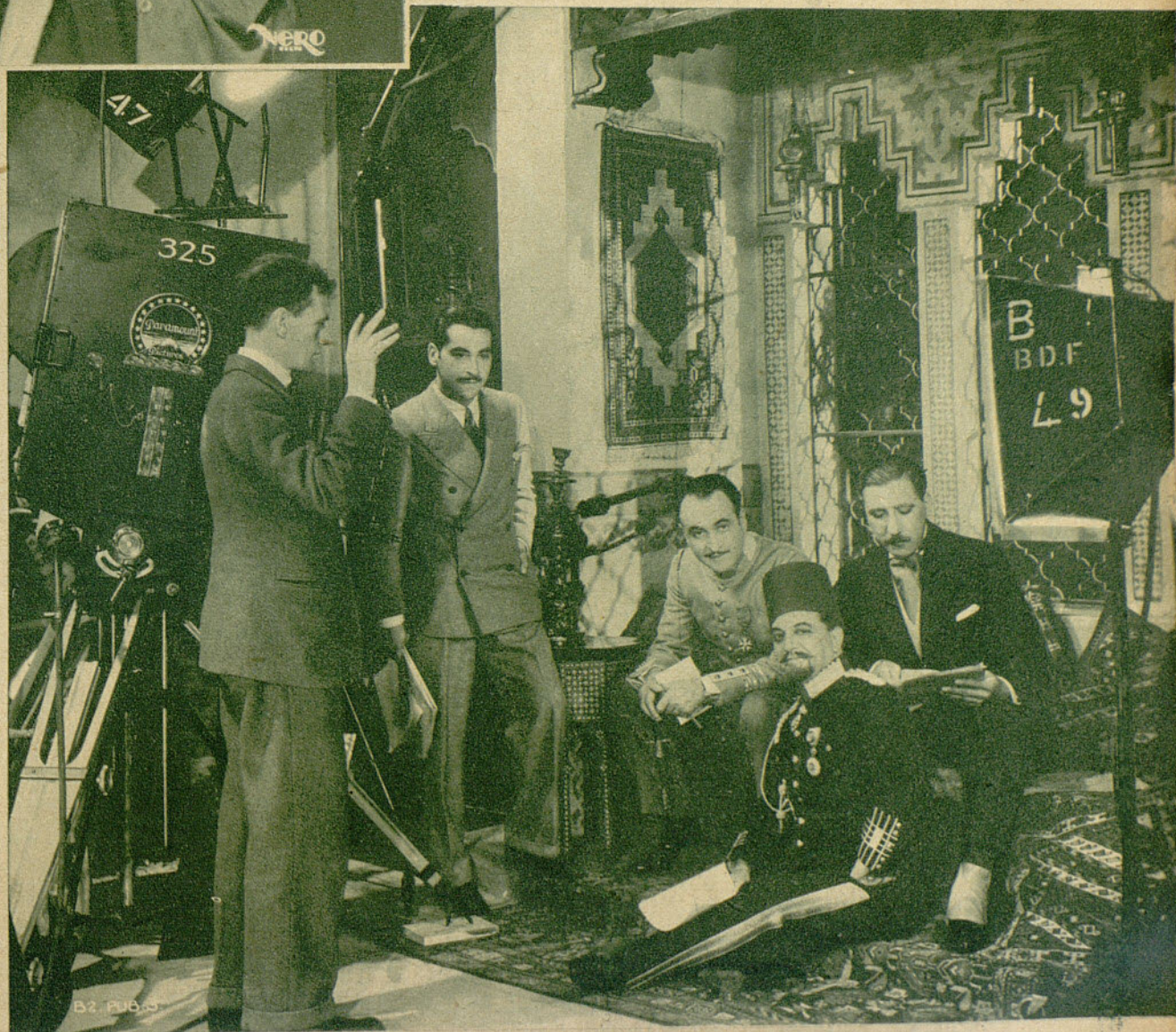
Durante la escena, la pregunta tenía que haber sido:

—¿Qué detonación es ésa que acabo de oír?—

Le traduje al director mi equivocación y se rió de buena gana...

Y es, amigos, míos, que el silencio del «set» impone mucho.

Fernando G. TOLEDO



HOLLYWOOD
POR DENTRO

Siempre, tibia temperatura de Hollywood, en Van Nuys nos parece que hiela. Visto de lejos, el aeropuerto se destaca como una enorme mancha de luz caída en un campo de sombras. Conforme nos acercamos, en la mancha deslumbrante distinguimos pronto los edificios y las gentes, iluminado todo ello por grandes reflectores que, como largas tijeras de luz, recortan las sombras en caprichosos dibujos... A la entrada del campo es detenido nuestro automóvil por un policía y un empleado del Departamento de Publicidad. Se enteran de quiénes somos, comprueban si nuestros nombres figuran en la lista de los autorizados para presenciar la filmación y, al fin, nos dejan pasar, indicándonos dónde podemos estacionar el coche. Nos detenemos ante un inmenso «hangar», cuyo interior ha sido transformado en camerinos y comedores para los astros y los extras. Todos, sin distinción de categorías, tienen el mismo derecho a que se les atienda y se les haga cómoda la estancia en el aeropuerto. Una buena calefacción convida a no salir del «hangar», donde, para que nada falte, hasta vemos maquinillas automáticas para toda clase de juegos de azar, y un cafetín en el que se ofrecen refrescos y dulces. A pie atravesamos el tupido matorral que nos separa del improvisado aeropuerto de Baskul. No vemos más que chinas y chinos de todas las edades, hablando a gritos en su lengua, que no entendemos. Todos parecen muy satisfechos de poder ganarse, sin gran trabajo, los correspondientes siete dólares con cincuenta centavos por noche... Y saben que han de ser utilizados cuatro o cinco noches, por lo menos, que estas escenas son difíciles y hay que hacerlas con calma... An-

VIENDO FILMAR

ANTE RONALD COLMAN

El octavo día de filmación de «Lost Horizon» («El horizonte perdido» o, acaso más exactamente traducido, «Más allá del horizonte»), la popular novela de James Hilton, muy hábilmente adaptada al cine por Robert Riskin para Ronald Colman, bajo la dirección de Frank Capra.

Hoy se trabaja de noche, hasta la madrugada, y en la convocatoria del estudio se dice que a las seis y media de la mañana tienen que estar en el Aeropuerto Metropolitano de Van Nuys, a unas veinte millas de Hollywood, Ronald Colman, Isabel Jewell, John Howard, Edward Everett Horton, Thomas Mitchell, Val Duran... y un millar de chinos. Además, naturalmente, la dotación completa de fotógrafos, electricis-

tas, ingenieros de sonido, mecánicos, carpinteros, sirvientes, etcétera.

El Aeropuerto de Van Nuys ha sido arrendado por la Columbia, que, gracias a las magas artes del cinematógrafo, lo pudo convertir maravillosamente en el aeropuerto chino de Baskul. Se han construido en torno diversos edificios de puro estilo oriental, en los que no falta ni un detalle, y los mil chinos contratados para darnos el exacto ambiente son auténticos.

Cuando llegamos a Van Nuys para presenciar la filmación de alguna escena son ya las ocho y media de la noche. Noche característicamente californiana, muy clara, muy estrellada, pero fría y húmeda, que contrasta con la esplendidez de las horas de día, en que el sol acaricia sin abrasar nunca. Para nosotros, acostumbrados a la

te tan grata perspectiva ni siquiera se quejan del frío, aunque sus trajes son como de papel de seda...

En lo alto de un andamiaje con ruedas, movable sobre rieles, descubrimos, junto al «cameraman», al pequeño gran Capra, uno de los más brillantes directores cinematográficos y popular, sobre todo, desde que dirigió «It Happened One Night» («Sucedió una noche»).

Frank Capra, italiano de origen, es bajo y moreno. Viste traje de pana, sobre el que lleva una gruesa camiseta de punto y encima un gabán de color de café, que casi le arrastra. Sobre la cabeza una pequeña boina, que, por la forma en que se la pone, tiene la apariencia de un casquete chino.

La cámara cinematográfica está enfocando

ahora la entrada del edificio que supone ser la oficina y sala de viajeros del aeropuerto de Baskul, nombre que en inglés y en chino se lee sobre la fachada.

¿Qué representa la escena?... La novela de Hilton nos cuenta la extraña historia del diplomático inglés Robert Conway (interpretado ahora por Ronald Colman), que encontrándose precisamente en Baskul, durante el ataque de una terrible tropa de bandidos, pudo salvar su vida y la de otros extranjeros tomando un aeroplano que les envió el general Wong... La nave aérea, aparentemente pilotada por un tal Fenner, está dirigida en realidad por un misterioso piloto chino, que se lleva secuestrados a sus pasajeros...

En vez de conducirlos a Shangai, toma el rumbo de la meseta tibetiana y en sus inmediaciones, después de múltiples peripecias, cae el avión, muriendo el piloto y

mundo civilizado, cree descubrir un día que su amada, la rusa, es realmente joven y que el Gran Lama no tenía tampoco los años que dijo...

Todo lo de Shangri-La no era más que una leyenda... George convence a Robert del error en que estaban y ambos deciden volver a la civilización, escapando del supuesto paraíso... Robert, decepcionado ante la superchería de la eterna juventud, renuncia a Sondra y sigue a George... Pero con George va la muchacha rusa y ésta, en cuanto sale de Shangri-La, se vuelve repentinamente vieja... ¡Tenía sesenta años! No era una leyenda lo de la eterna juventud en aquel escondido rincón del mundo... George, ante la triste realidad, se mata... Y Robert, pasando por una desconcertante crisis nerviosa, que está a punto de enloquecerle, sobrevive a su dolor para recordar la dicha que perdiera y se vuelve en

ballos, sus coches y sus carretas, los míseros ajuars de las pobres casas, que aquellos se llevan a cuestas...

Suena estridentemente un pito, se oyen unas voces de mando, que se repiten en chino, y, sin descanso alguno, se repite la fatigosa escena... Los ayudantes chinos gritan en su lengua a los extras compatriotas que, como un rebaño, dócilmente secundan las órdenes de Capra...

Unas bellas chinitas, seguramente nacidas en California, hablan en correcto inglés y contemplan a Ronald Colman con exaltada delectación... No hay este y oeste. Para la mutua adoración de una mujer y un hombre no hay fronteras ni razas. Colman, un poco cansado, sonríe... Las chinitas sonríen también... ¿Quién piensa ya en el cansancio? No importa que la escena se prolongue hasta la madrugada, ni que este trabajo extenuador siga por cuatro o cinco

noches más... ¡Ni siquiera se siente ya el frío!... Como el Robert Conway de la película, todos quisiéramos quedarnos en el jardín florido de la perenne primavera, donde todo es paz y amor...

Miguel de ZARRAGA



Tres escenas de «Lost Horizon»

ESTRELLAS

resultando milagrosamente ilesos los viajeros... Cuando éstos se sienten ya exhaustos por las dolorosas torturas sufridas y desesperados ante el temor de no poder aguantar más, una caravana acude a socorrerles y les lleva hasta el escondido valle de Shangri-La, jardín paradisiaco que nadie hubiera podido imaginarse, en el que no se conocen ninguno de los dolores y miedos del mundo civilizado. Allí viven felices las gentes, sin envejecer nunca...

El Gran Lama, fundador de Shangri-La «hace más de doscientos años», ¡vive aún!... Y como él son allí todos... Con Robert Conway va su hermano George (John Howard), que se enamora locamente de una muchacha rusa, enterándose de que ya cumplió sus sesenta años (!), aunque, habiendo pasado allí toda su vida, la encuentra perennemente joven... En esto, el Gran Lama se siente morir y llama a Robert Conway para pedirle que le substituya, poniendo en sus manos el destino de Shangri-La... Robert acepta encantado, porque se ha enamorado a su vez de una adorable Sondra Bizet... Pero George, que sólo sueña con volver al

busca de la hechizada tierra de Shangri-La, sin encontrarla ya nunca, pero creyendo siempre que hacia ella va...

Tal es, a grandes rasgos, el tema de la nueva y seguramente sensacional película de Capra.

La escena que presenciaremos en Van Nuys es la del ataque de los bandidos chinos al aeropuerto de Baskul.

Vemos a Ronald Colman, joven siempre, como si de veras hubiera surtido efecto en él la magia de Shangri-La, tratando de salvar a una niña entre una multitud de horrorizados chinos, toda ella gente humilde, que quieren escapar de los bandidos... George (John Howard) lleva también en brazos a otro pequeño... Y vemos, confundidos con los que huyen, sus bueyes y sus cabras, sus ca-



JEAN PARKER

O LA PERFECTA
INGENUIDAD



Si hay en la pantalla americana una actriz que merezca el peligroso calificativo de «ingenua», esa actriz es, sin duda alguna, Jean Parker. Digo peligroso, porque solamente al pronunciar la palabra parece que se evoque en oculto sentido otro pensamiento. «Es tontita, la pobre...», es tan... tan... ingenua.» Y por eso, porque la ingenuidad, sobre todo en nuestra época, puede confundirse tan fácilmente con la tontería, no es muy prometedor para una actriz el que la cataloguen den-



tro del tipo de la eterna «ingenua».

Pero he aquí que a Jean Parker no se la puede describir de otra manera. Porque ella es eso. Ingenuidad suprema, única... La ingenuidad de la adolescente, que brilla en sus ojos, abiertos siempre por la sorpresa de una vida que se le antoja desconocida..., pero al mismo tiempo, con una chispa de picardía en el mirar y con la sonrisa más dulcemente maliciosa que pueda uno imaginar en sus labios.

Así la hemos visto en la pantalla. Así la han visto, los que la conocen, en su cotidiano vivir.

En una linda granja de Montana, cierta mañana de abril, llena de sol y de azul, nació una niñita monísima, llamada Mae Green. A pesar de que lo alegre del día parecía prometer una dicha sin mácula, no puede decirse que la infancia de Mae fuese muy feliz. Desde que supo discernir y supo compren-

der, sólo desavenencias pudo contemplar en su hogar. Y un día esas desavenencias culminaron con la separación de sus padres, que alegaban incompatibilidad de caracteres.

A los seis años se encontró Mae ante el dilema de verse sin padre, sabiendo sin embargo que estaba vivo. Tal vez por eso, porque el correr del tiempo no puede a veces borrar la sombra de un recuerdo, aun conserva Mae, o Jean si se quiere, como un velo de melancolía en sus ojos de almendra.

La amargura de aquellos días que la separaron de su padre, la tristeza de aquellas horas en que se vió obligada a hacer de madrecita a sus hermanos, porque la madre había de trabajar, para sacar adelante su pequeño hogar. Sus años de colegio..., sus estudios..., sus preocupaciones... Nada de eso puede borrarse de la mente de la hoy famosa Jean Parker.

La prueba fue francamente satisfactoria. Al prepararse la filmación de «Divorcio en la familia», un nombre, Jean Parker, se añadió al reparto. Así la pequeña Mae Green, fue olvidada por todos, menos quizá, por la propia Mae Green, y en cambio, como compensación contradictoria, el nombre de Jean Parker fue elevándose.

Trabajó entonces en «Rasputin y la zarina», junto a tan insuperables maestros como los hermanos Barrymore. Después en «Hecha en Broadway», «Dama por un día», «Tempestad al amanecer»... Siempre, siempre, sus personajes fueron ingenuos, dulcemente ingenuos, e impregnados de un sabor maravilloso de juventud y de poesía. Díganlo si no su Peg de «Las cuatro hermanitas», su maestría de «Todo corazón» y su Toni de «Sequoia».

Aparte de todo eso, el éxito no la envanece. Sigue trabajando con pasión, con sinceridad, con alma, con la misma ingenua fe que brilla en sus ojos y en su sonrisa. Todos la adoran, en el estudio y fuera de él. Es constante y voluntariosa, pero por encima de todo es comprensiva y es humana.

Nada maravillosamente, porque le encanta el ejercicio y le seduce el mar y porque es la natación su deporte preferido. También le gusta el tenis, y por no ser menos que otra estrella de cine, los largos paseos a caballo.

La vida de Jean Parker nada tiene de complicada, ni tan siquiera en su aspecto sentimental. Tal vez estriba ahí su principal encanto. En que esa vida nueva de Jean Parker no ha podido acabar con lo que en ella había de Mae Green. En que ni el cinematógrafo con su corriente de nervio y de locura, ni la fama y el éxito, ni tan siquiera Hollywood con su aliciente que dicen de agitación y fiebre, han logrado matar todo lo que de bueno, de dulce y de ingenuo, había en la pequeña Mae Green.

Mary ROWE



Y es lógico que uno se pregunte..., ¿cómo pudo una muchacha que se enfrentó con la vida a edad muy temprana..., que desde chiquita ya tuvo, en la medida de sus fuerzas, que aprender a luchar... cómo pudo, conservar incólumne su maravillosa ingenuidad? Y sólo Jean Parker podría contestar a ese misterio. Precisamente porque la lucha la hizo ser fuerte, porque no tuvo tiempo para echar a perder su inocencia, porque se encerró en su vida como en un santuario en el que a nadie, a nadie, dejó penetrar. Estudiaba, trabajaba y dibujaba. ¡Oh!, el dibujo era para ella la superación del placer. Y, además, lo que, inconscientemente, la llevó al cine.

Un día, contaba Mae apenas dieciocho años, un pintor amigo suyo, la obligó como quien dice, a vestirse un blanco y ceñido maillot, y a servir de modelo en un concurso que con motivo

de los Juegos Olímpicos celebrábase en Pasadena.

Su figura grácil y alada, encarnación máxima de la femineidad, llamó la atención de todos, incluso del cameraman que filmaba la escena para su «Noticiero gráfico». Y al día siguiente, los más importantes periódicos reproducían la delicada figura de aquella linda jovencita del maillot blanco. Todos la vieron, y lógicamente, todos la admiraron.

Un directivo de Metro-Goldwyn-Mayer (fatalmente tenía que salir el directivo tratándose de la vida de una estrella cinematográfica), vió por casualidad la fotografía e impresionado favorablemente, decidió dar con Mae. Como cuando en Hollywood se proponen algo, generalmente lo consiguen, la sonrisa radiante de Mae Green brillaba a poco bajo la luz artificial de los potentes reflectores.

TODAVÍA LAS PREFIEREN RUBIAS

[E]l director de un famoso gabinete de belleza de Nueva York acaba de lanzar al gran mundo de la moda unas resonantes declaraciones, según las cuales los caballeros empiezan a preferir a las morenas. Carole Lombard, la bellísima rubia, estrella de la Paramount y protagonista del film «Candidata a millonaria», sale al paso de esas manifestaciones con estas palabras:

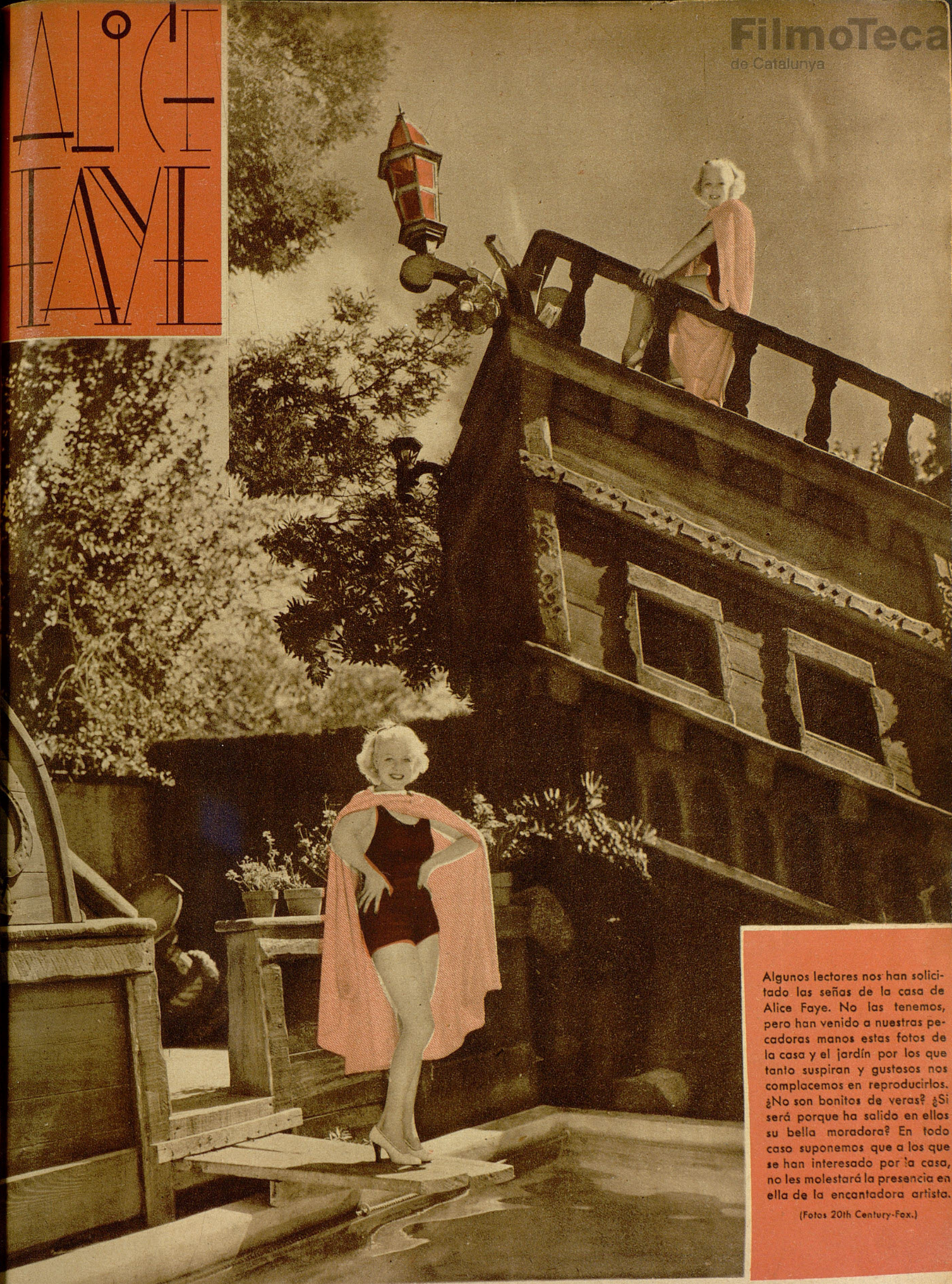
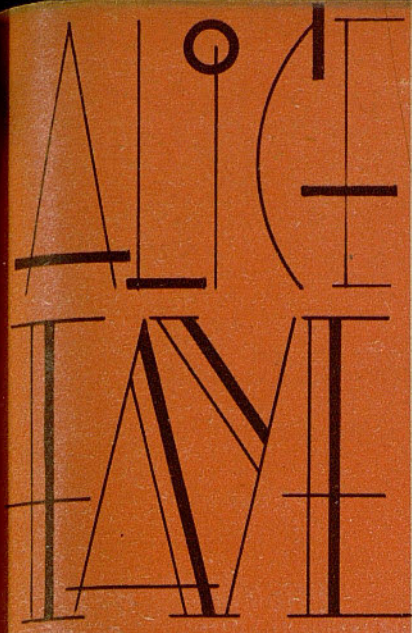
—Las mujeres de cabellos de oro han predominado en la historia como grandes conquistadoras de hombres desde las épocas más lejanas de la antigüedad. Recordemos a Helena de Troya, a María Antonieta y a una multitud de nombres de mujeres famosas. Todas ellas eran rubias, como rubias han sido las modernas «mujeres fatales» hasta el punto de despertar en la ciencia de la belleza una corriente general en todas las naciones, de sucesivos inventos para convertir en rubias a las morenas y trigueñas. ¿Por qué, al cabo de los siglos, habían de cambiar los hombres de gusto si en él han sido tan constantes? Lo que sucede es que el rubio se ha vulgarizado por el abuso de tintes improvisados o decoloraciones de mala calidad y esto es lo que a ningún hombre distinguido le puede agradar.

Tales han sido las declaraciones de Carole Lombard durante la filmación de la nueva comedia Paramount «Candidata a millonaria», cuyo papel de rubia protagonista desempeña, admirablemente secundada por Fred Mac Murray y Ralph Bellamy. Es ésta una comedia divertida, intrascendente, en que se nos cuenta, entre rasgos de ironía y buen humor, la amorosa historia de una manicura ambiciosa y un aturdido muchacho, ambos sin un céntimo, que se asocian para ayudarse mutuamente a encontrar un novio y una novia de alta posición. Este acuerdo les lleva a mil situaciones ridículas que harán las delicias de nuestro público.



belleza
al gran
decla-
balle-
e Lom-
amount
onaria»,
n estas

predo-
quista-
lejanas
de Tro-
e nom-
rubias,
res fa-
ciencia
das las
onvertir
or qué,
s hom-
tantes?
ulgari-
s o de-
lo que
adar.—
Carole
va co-
, cuyo
admira-
rray y
vertida,
re ras-
uistoria
mucha-
n para
y una
leya a
elicias



Algunos lectores nos han solici-
tado las señas de la casa de
Alice Faye. No las tenemos,
pero han venido a nuestras pe-
cadoras manos estas fotos de
la casa y el jardín por los que
tanto suspiran y gustosos nos
complacemos en reproducirlos.
¿No son bonitos de veras? ¿Si
será porque ha salido en ellos
su bella moradora? En todo
caso suponemos que a los que
se han interesado por la casa,
no les molestará la presencia en
ella de la encantadora artista.

(Fotos 20th Century-Fox.)



GARY COOPER

Alto, esbelto, atlético, es el único tipo de galán que puede penetrar en los secretos del corazón femenino de nuestros días. Su rudeza, no excluye la bondad, esa bondad característica de los hombres de la tierra alta, que tiene en él su signo más característico en esa sonrisa, tan suya, de niño grande. Y es que Gary Cooper no puede olvidar su origen. Su origen que le valió sus primeros triunfos en la pantalla, en aquellas películas de vaqueros, que evocan siempre al héroe gallardo, enamorado y justiciero. (Fotos Paramount.)

CARAS NUEVAS



MOLLY LAMONT

JEAN FENWICK

ANITA COLBY

Las «cuatro Marías», las tocayas y nobles damas de honor escocesas de la corte de la reina María Estuardo, que aparecen en el film basado en la vida de esta famosa reina.
(Foto Radio Films.)

La situación está por cambiar de un momento a otro. Películas de grandes directores están ya confeccionadas o en período de gestación, en las cuales el color, más que un pasatiempo para los ojos o una curiosidad científica, se presenta como un ingrediente, que toma parte activa en la historia, poniendo su valor expresivo al servicio de las intenciones dramáticas, lo mismo, por ejemplo, que el sonido. Los problemas que pone el cine en color son tan complejos que no puede esperar el lector que los examinemos aquí. Lo que importa, ante todo, es que se tenga plena conciencia de la complejidad del problema, que no es de orden técnico sino accidentalmente, y en cambio es de orden estético esencialmente.

No nos importa encontrar colores exactos, tanto como encontrar colores bellos, es decir, expresivos y capaces de contribuir al placer estético que pueda procurar el espectáculo cinematográfico.

Y, después, el relieve. ¿Dónde iremos a parar? En esta persecución de la realidad, a través de la ficción, van apareciendo multitud de apreciaciones de orden psicológico y artístico, que llevarán una tremenda revolución a los conceptos escolares de la teoría de las bellas artes. Lo que tenemos que retener nosotros es lo que decíamos en un principio. Que el cine se está constituyendo, que su lenguaje total, no sabemos exactamente cuál es y que las más grandes sorpresas nos están reservadas en breve plazo.

Es propio del arte llegar por intuición a resultados definitivos. Definitiva una sinfonía de Beethoven, un cuadro del Tiziano, una comedia de Lope de Vega. No podemos decir nada de eso a propósito de los más bien logrados resultados cinematográficos y es que el cine está en marcha.

Para nosotros, contemporáneos de su nacimiento y de sus primeros pasos, nada más emocionante como asistir de esta manera a la formación del más reciente de los artes, que, pequeño y disforme, no obstante, tiene ya hoy una influencia en la vida como acaso no ha tenido nunca ninguna otra actividad artística.

J. PALAU

...y hoy es
indiscutible
que un Leslie Ho-
ward o una Katharine
Hepburn dominan
la fotogenia
del gesto...

Situación provisional del cine

L cine está en marcha. Mejor diríamos, no existe aún de una manera definitiva, como existen, por ejemplo, la pintura o la música. No ha entrado aún en un período definitivo que asegure a sus obras la perennidad. Aún sus frutos envejecen, prueba irrefutable del carácter provisional de sus adquisiciones.

No hace seis años, teníamos ya lista nuestra teoría del cine. Entusiasmados con obras como «Amanecer» y «El mundo marcha», teníamos ya una buena provisión de conceptos que nos permitían discurrir sobre cine y defender nuestro entusiasmo de las críticas

ajenas. ¿Cabría decir que esta teoría tenía como base el carácter mudo del cine? Habíamos entonces llegado a justificar este silencio, que en un principio parecía una tara incurable.

Decíamos: «Hartos estamos de palabrería. Ved aquí el cine, que llega con un nuevo lenguaje, que nos devuelve el contacto directo con la vida expresiva de nuestros semejantes. El gesto, desacreditado por una cultura de palabras y libros, cobra ahora de nuevo su fuerza original.»

Y todos sabemos lo que ocurrió. Nos sucedió lo mismo que a aquel personaje de comedia que cuando, después de dolorosos razonamientos, ha llegado a justificar la falta de su mujer, resulta que su mujer no ha cometido falta alguna. Cuando ya habíamos hecho quedar bien al cine, afectado de la dolencia del mutismo, ved lo que sucedió: el cine se puso a hablar. ¡Y en qué forma!

Habló tanto y tan mal que llegamos a desesperar de él. En esta desesperación había no poca presunción nuestra al creer que el cine nos había traicionado. Pero pronto andamos sobre mejores pistas, descubriendo un poco tarde que la palabra, lejos de quitar nada al cine, no había venido sino a prolongar su campo de acción.

La palabra, prolongación del gesto. Eso sí, pero nada de sustitución. Y así fué, en efecto. Los actores reaprendieron lo que habían olvidado con su locuacidad intolerable, y hoy es indiscutible que un Leslie Howard o una Katharine Hepburn dominan la fotogenia del gesto como podía dominarlo el mejor actor de los buenos tiempos del cine mudo.

No se ha perdido, pues, ninguna de las prerrogativas viejas y, en cambio, por la palabra, se han abierto al cine unas zonas intelectuales que hasta la fecha le estaban vedadas.

¿Vamos, pues, a la segunda edición de la teoría del cine? Mejor será esperar, tanto más cuando el cine en color nos viene encima.

No digáis que esto no es ninguna novedad, que las películas en colores nos son conocidas hace días y que, por tanto, podemos ya tenerlas en cuenta en nuestros raciocinios.

Opinamos que no hay nada de eso. Acaso en la situación más feliz, los ensayos del cine en color vistos hasta la fecha están, respecto al arte, en la misma situación en que se encontraban aquellas primeras y tan aburridas películas habladas. Entendemos el color utilizado de una manera racional, es decir, expresiva, con criterio de arte. De eso no hay hasta la fecha ni sombra.





DICK POWELL

sión que le hizo fué tan halagadora que indujo a los Warner a que lo contrataran para el papel principal en la opereta «La calle 42». Hoy en día Dick recibe diez mil cartas semanales y actúa en las mejores películas.

Bette Davis

SINTIENDO un temor intensísimo, se presentó Bette Davis en Hollywood, pero su buena estrella la llevó ante George Arliss, que se sintió muy impresionado por los expresivos gestos de la aspirante a actriz... Esto ocurrió cuando el eminente actor inglés se la encontró en un ascensor, y ella contestó con vehemencia a una pregunta insignificante que Arliss le hizo. No sabemos las palabras que Bette dijo, pero lo cierto es que Arliss se rió espontáneamente y Bette le hizo coro con sus carcajadas... La primera impresión fué excelente y Bette fué designada para trabajar con Arliss en «La oculta providencia». Después de eso la carrera de la actriz ha sido admirable.

Ruby Keeler

UNA muchacha preciosa, serena y sonriente, siempre envuelta en capas de armiño o suaves sedas, era



RUBY KEELER



BETTE DAVIS

En todo cuanto nos acontece en la vida tiene una influencia decisiva la primera impresión que causamos a nuestros semejantes, y en la carrera artística, donde tanto dependemos del sentimiento de los que nos rodean, este momento inicial de nuestras relaciones de amistad, o de negocios con aquellos con quienes vamos a trabajar, es de una importancia capital.

Para demostrar que esto es enteramente cierto vamos a relatarles brevemente cómo las primeras impresiones que ellos causaron han motivado que nuestros favoritos hayan sido caracterizados de diversas maneras:

Dick Powell

CON una franca sonrisa en los labios, llegó Dick Powell al estudio. Dejó su automóvil abierto, precisamente en el sitio en que no debía haberlo dejado... Llevaba puesto un traje de golf, que aun en Hollywood resultaba extravagante, debido a que su factor más llamativo era una camiseta de un color amarillo demasiado escandaloso.

Nadie le prestó mucha atención, pues allí no era sino un chiflado más... No sabiendo cómo introducirse en el estudio, ideó el siguiente plan: detener su automóvil en algún sitio de la carretera que conducía al estudio, invitar a las personas que veía encaminarse en aquella dirección a que subieran a su automóvil y preguntarles mil detalles relacionados con su trabajo. Finalmente logró que se le diera un papel en la película «Grato suceso», pero su actuación no convenció a los jefes y Dick tuvo que regresar a Pittsburg a oficiar como maestro de ceremonias en un cabaret... La primera impresión había fracasado. Sin embargo, tres meses después de esto, un buscador de talento, del estudio Warner, vió al joven en la escena del club y la primera impre-

trada y llevada al estudio en autómóviles costosos de marca europea... Alguien le brindaba un asiento y desde un rincón ella veía cómo se filmaban las películas... A veces estando allí, alguien le enviaba un ramo de flores o un lunch de bocadillos exquisitos o algún refresco... Después de cuatro o cinco horas allí, recibía una llamada por teléfono y la muchacha se iba como había llegado. Esto estuvo ocurriendo durante más de tres semanas, hasta que un día uno de los productores del estudio Warner acertó a pasar por donde ella estaba y la impresión que le causó la sonrisa de Ruby, al contestarle el saludo, motivó que el buen señor se detuviera a hablar con ella y a persuadirla a que permitiera que le hicieran una prueba. —Por complacerle lo haré, pero le ruego que no la exhiba antes de que mi marido se entere de esto... — La prueba se hizo. Al Jolson se llevó a su mujer de paseo aquel verano y cuando volvieron a Hollywood, Ruby Keeler recibió noticias de Warner Bros, diciéndole que la estaban esperando para el papel de la protagonista en la opereta «La calle 42».

George Brent

EL joven es irlandés y tiene un vocabulario muy expresivo y audaz. Había sufrido el tormento de que le hicieran varias pruebas para películas sin que ninguna hubiera tenido buenos resultados, por esta causa se negaba a hacer otra... Pero,

precisamente el día en que se disponía a regresar a Nueva York, una famosa actriz le vió en el estudio, e impresionada por su personalidad le rogó que hiciera otra prueba, y le dijo:

—Yo actuaré con usted. Quiero que sea el galán joven de mi próxima producción. — La primera impresión causada en la estrella había sido tan honda que poco después él y la actriz se habían casado, aunque esta unión fué poco duradera, pero ya aquella impresión había hecho su efecto y hoy en día George Brent se ha convertido en uno de los favoritos del cinema, no sólo entre el público, sino entre las estrellas que solicitan que él sea su galán joven en múltiples ocasiones.

Aquella primera impresión había servido para conservar para el cine uno de sus artistas más atractivos y arrogantes.

Warren William

WARREN William era actor teatral y apareciendo en un drama en Nueva York recibió la visita de un delegado de Warner Bros, quien le dijo: —¿Estaría usted dispuesto a salir mañana mismo para Hollywood? —

El actor debía consultar a los empresarios del teatro y le preguntó al delegado de Warner:

—¿A qué se debe tanto apuro? — El delegado, con franqueza, contestó: —A nada en especial, pero me ha causado usted tan



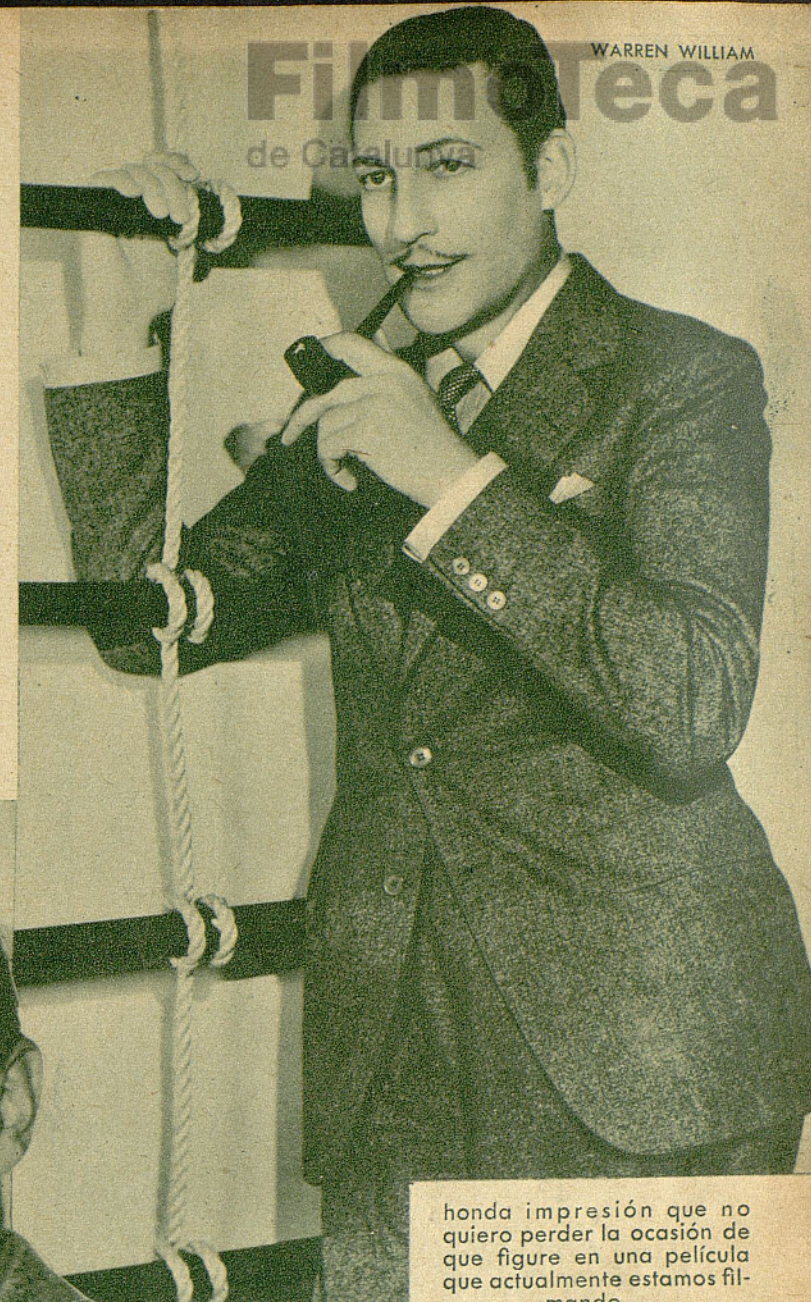
GEORGE BRENT

honda impresión que no quiero perder la ocasión de que figure en una película que actualmente estamos filmando.

A la semana siguiente estaba Warren William ante su mesa de maquillaje en el estudio Warner y rogando a los periodistas que no hicieran alusión a su parecido con John Barrymore, pues prefería abrirse paso por sí mismo, y quería que la buena impresión que le había causado al delegado de Warner en Nueva York fuera el verdadero motivo de su comienzo y no el hecho de que él tenga algún parecido con el famoso actor teatral con quien tanto se le compara.

Sorprendido quedó Warren William cuando llegó ante la cámara y vió que la protagonista de la producción en que él había de actuar era precisamente Dolores Costello, que estaba recién casada con John Barrymore... De modo que por la impresión causada a un tercero en Nueva York se encontraba él convertido en el marido del cine de la esposa de Barrymore en la vida real.

Tales son algunas de las alternativas causadas por esos instantes que tanta influencia tienen en la vida de los seres: las primeras impresiones.



WARREN WILLIAM

Filmoteca de Catalunya

LA IMPORTANCIA DE LA PRIMERA IMPRESION

EL GRAN ZIEGFELD

Filmoteca de Catalunya

Sinopsis extractada del número anterior

Fué a fines del pasado siglo, cuando Florence Ziegfeld empezó su vida como empresario. Allí por 1890 surge ante la puerta de su barracón de feria... Nadie puede esperar que aquel hombre que pregonaba a voz en grito la formidable fuerza del títan Sadow pueda llegar a presentar, años más tarde, al mismo tiempo, cuatro espectáculos diferentes, en plena Vía Blanca.

En el mismo parque de atracciones, y casi frente a él, un tal Billings explota unas mal llamadas danzas orientales, pero que logran gran éxito de recaudación. Ziegfeld propone a su competidor unir los dos artistas para mayor propaganda. Billings no acepta, pero a pesar de ello Florence logra su intento y bien pronto el atractivo que para las mujeres significan los potentes músculos del gigante da a Ziegfeld beneficios importantes.

A raíz de un viaje a Europa, se encuentran de nuevo los dos competidores. El cami-

Audrey Dane quería poseer hermosos brillantes y bellas orquídeas. Tendió bien sus redes. Pronto, empezó a recibir, del mago de la escena, bellos ramos de flores y piedras preciosas.

—Es en vano, no te molestes... Yo haré siempre lo que quiera— fue la eterna respuesta de Audrey, rubia muñeca que en el mirar de sus grandes ojos dejaba reflejado el poder de su voluntad.

Frente a ella, la suavidad delicada de Ana Held decía, en contraste, toda la bondad de aquella otra mujercita, tan apasionada como débil.

—Más de una vez he oído decir a Flor...ence que tú serías ya primera estrella en sus revistas si no fuera por ese maldito deseo tuyo de beber sin tasa... ¿Qué sacas, di, con derrochar tu juventud y tu belleza?... Reprimete, haz un pequeño sacrificio— aconsejaba, llena de bondad, Ana.

Pero todo era inútil. Audrey Dane, indiferente a todo, seguía su único guía, la maldad, a dictado de su egoísmo, al contestarle:

—No... ¡Yo nunca he de sufrir... por nada, ni por nadie!

Fué para Ana Held muy doloroso tener que compartir el éxito de su actuación con aquella mujer a quien, temía...

Las creaciones teatrales de Ziegfeld seguían entretanto su marcha ascendente, siempre en una constante superación. Buscando a cada momento, en cada decorado, en cada conjunto, un detalle mejor...

Como poseído de un soplo divino, arte creador, se lanzó a la conquista de los tabladors. Arrancó de cuajo las viejas cortinas y telones de boca, olvidó para siempre la pobreza de luz y, como un alucinado de la escena, transformó el tablado de la antigua farsa en la maravilla de un espectáculo de fulgores, melodías y bellezas... Enamorado de todo lo bello, se dejaba prender fácilmente en el encanto de la hermosura de la mujer. Como tributo de rendida admiración a la belleza femenina, hizo famosa a la «girl» del Broadway, y quiso que su más fantástica creación fuera como la escalinata de un inmenso trono a la Mujer.

Sus enormes dispendios fueron, en más de un caso, motivo por el cual el fiel contable, el bonachón Sampson, se viera en graves aprietos...

—Encargar no es... pagar, Mr. Ziegfeld— decía Sampson en cuanto se iniciaba el montaje de una nueva revista. En estas luchas, se llegó al estremo de una de las producciones en que Ziegfeld había puesto mayores esperanzas...

Decidido y audaz, pudo salir airoso del trance difícil en que le puso su modista la misma noche del estreno: o pago por anticipado o aquella noche no había estreno... con sus trajes.

—Vamos a ver primero los trajes. Esto no es para mí— exclamó en cuanto los primeros habían salido de la ceta—. Le recuerdo que éste es el New Amsterdam, ¿verdad?... Lo que se presenta son las «Follies».

La frente del modista perleaba en sudor frío... Mr. Ziegfeld, rehusando su trabajo, le hundía para siempre... Se humilló, rogó, imploró la aceptación del encargo, que al fin, y como una concesión extraordinaria, admitió... pero con pago al mes siguiente.

A pesar de los insistentes ruegos de Florence Audrey Dane, convertía su camerino en sitio de escándalos y reunión de coristas, en constante libación.

Su disipada vida sólo tenía un fruto lógico: la desesperación de Ziegfeld ante la imposibilidad de hacer de ella la gran artista que él ambicionaba presentar.

Aquel día quiso Audrey celebrar con toda pompa el magnífico regalo de Florence: una preciosa pulsera de esmeraldas y brillantes, única cadena que podía sujetar algo a aquella mala mujer... Y sus fiestas eran siempre de igual tono... Reunir cinco o seis chicas beodas para beber champaña hasta perder el tino.

Encaramada en una silla, se dedicaba a dirigirles a sus amigos un discurso adecuado a su inconsciencia y borrachera:

—Señoras y caballeros... En nombre de toda la compañía les voy a decir unas... unas cuantas palabras. Bueno, ante todo he de hacerles una confesión... y es que... esta noche he bebido un poquito...

Entre grandes aplausos y risas quiso continuar su improvisada alocución, cuando irrumpió violento, descompuesto, Ziegfeld... Aquello era intolerable... Estaba a punto de entrar en escena, y la encontraba completamente ebria...

no emprendido fué el mismo, pero el fin por completo opuesto. Mientras Billings intenta asegurarse en exclusiva una buena atracción de fama, Ziegfeld se confía demasiado en su excelente suerte. La blanca y bailarina bolita de la ruleta le arrebató hasta el último céntimo.

En su encuentro en un hotel de París, Ziegfeld logra convencer a su amigo Billings para que le preste quinientos francos, que después emplea en comprar orquídeas para Ana Held, la estrella de moda, que su contrincante intenta precisamente llevar a Amé-

rica. Con ello consigue adelantarse a Billings, y una vez más burlarse de él, al obtener casi ante su misma presencia la firma del contrato de la delicada actriz.

Un año más tarde, transformada y estilizada por la atención y cuidado artístico de Florence, y ya en pleno éxito, Ana Held, enamoradísima, se casa con él.

La dicha parece completa. Al triunfo, han venido a juntarse con la vida de Florence Ziegfeld la fortuna y el amor... Tal vez la única nube de su cielo azul son los celos de Ana, y muy especialmente en cuanto se refiere a Audrey Dane.

Escuchaba siempre que alguien le proponía la oferta de una nueva revelación, y dejaba a su fino tacto la calificación...

Para él no había instante de tranquilidad ni sosiego... Siempre danzando de un lado a otro a la caza del detalle, inspeccionando que todo y todos estuviesen en lugar y en perfecta situación, hasta lograr que su espectáculo llevara el sello personal e inconfundible de aquel creador de magnificencias...

De sus escenarios se dijo que sus candelillas eran el arco iris...

Pero todos los mortales tienen sus derrotas, y él tampoco se pudo zafar del maleficio... Y su derrota la tuvo Ziegfeld no sabiendo leer tras los grises e inclementes ojos de Audrey Dane una alma traidora y coea, alma que la impulsó a abandonarle en el mismo instante en que por boca de un indiscreto conoció la difícil situación por que atravesaba e tan discutido como alabado empresario.

Y así fué como Audrey Dane se separó del camino de Ziegfeld, para mayor amargura de aquel impenitente enamorado...

Billings fué quien, como tantas veces anteriores, sacó a Florence de su atolladero... Y si no fuera por hacer injusticia al buen camarada de Ziegfeld, casi ostaríamos a afirmar que le sacó contra su propia voluntad. Con esa arrolladora audacia que le caracterizaba, Ziegfeld logró de su viejo amigo que interesara a su socio en capitalizar la nueva revista que iba a montar.

Algo maravilloso que asombrará por su originalidad... le aseguraba Florence con acento terminante y decidido.

—Bien, bien... pero ¿de qué se trata?— Verás, con exactitud todavía no lo sé, pero puedes estar seguro de que será original— terminó diciendo entre risas. Y llegó el estremo de la revista. De nuevo volvía a resplandecer la estrella de Ziegfeld. Bajo un dosel de gasas y tulles desfilaron escenas de fantástica riqueza. Nada era imposible para el mago de la escena. La fragilidad del cristal, el fulgor del sol, hasta la detención del tiempo... todo podía formar parte de su escenario si su imaginación de creador así lo deseaba...

Cada vez que Billings tropezaba en su camino con Ziegfeld ya sabía que tenía algo en peligro. Por ello no es extraño que, cuando en aquel baile de trajes famoso que se celebraba cada año entre la élite de Nueva York, le vio con su pareja, sintiera el terror del sentenciado a muerte...

Razón tenía para ello. Billings consiguió que Billie Burke le acompañara al baile y todo para que ahora llegase Florence y le estropease todos sus planes.

Era Billie Burke una mujer encantadora, actriz destacadísima, que unía a su fascinante belleza rubia una singular inteligencia... Nadie podía vanagloriarse de haber conseguido conmovir su alma más allá de la estética normalidad.

Ziegfeld, que aquella noche sólo prestaba atención a las melodías creadas por el jazz, se disponía a marchar en cuanto se iniciase el «Paul Jones», aquel baile que brindaba a las parejas el placer de la incertidumbre al dejar al azar quién sería su próxima pareja. Pero la visión de Billie Burke tuvo la virtud de trocar en ilusión la indiferencia.

El salón quedó por unos momentos casi desierto. La música había cesado, obedeciendo a la orden del organizador del «Paul Jones». Todas las parejas se preparaban para la ventura de la aventura. Unas palabras al oído del maestro de ceremonias dieron a Ziegfeld la clave del postrero amor de su vida.

La música llenó con sus acordes el ámbito del salón. Cada bailarina se inclinaba ante su pareja y en fina evolución la entregaba al siguiente, mientras la música iba acelerando su ritmo. De pronto, el silbato inoportuno del maestro de ceremonias paró la danza, y cada galán enlazó a su pareja. La casualidad fué magnánima con Florence: su pareja era Billie Burke, ante la desazón del pobre Billings.

Y así una vez y otra, que la rueda se ponía en movimiento el pitido la detenía poniendo frente a frente a los dos vencedores... Tal vez el maestro de ceremonias podría contar por qué...

En una noche de quimera y ensueño, con la dulzura de todas las flores y felicitades que en el mundo puedan existir, se enlazaron las miradas de Billie y Florence, para llevar a sus corazones la suprema dicha de un gran amor...

(Continuad.)



Ordenó, severo, que las demás muchachas salieran del camerino. Tenía que hablar con ella seriamente. De continuar dejándose arrastrar por la bebida, la abandonaría a su propia suerte.

Audrey Dane continuaba tambaleándose desde su pedestal. Le miraba riéndose, entre inconsciente y burlona... Sin abandonar su copa, le llamaba, invitándole a bajarla en sus brazos... Con penas y trabajos logró ponerla en el sofá, con intención de buscar la forma de renovar su pésimo estado... Ella continuaba riendo y hablando sin cesar... intentando enlazar entre sus brazos, por encima de los hombros, su amado Florence...

Más por hacerla callar, en sus mimos y peticiones, que por su propio deseo, sus labios se encontraron en apasionado beso junto a los de Audrey, mientras que en trágica coincidencia aparecía por el umbral de la puerta la figura estimada de su esposa, Ana Held...

—¡Flora... querido Flora... es horrible...! ¿Cómo pudiste...? Al menos, ¿por qué no cerraste la puerta?... Su huida no dio tiempo a explicación...

Aquella noche fué horrible para Florence. Inútilmente esperó al nuevo día con la vaga esperanza de que Ana volviera a su lado. Por el contrario, los periódicos declararon con grandes titulares: «Ana Held abandona a Ziegfeld».

La demanda de divorcio entablada por Ana fué señal inequívoca de la firme determinación de su esposa... Sinceramente su corazón sintió el primer zarpazo de la desgracia, y las primeras hebras de plata ennoblecieron sus sienes.

Siguieron a aquellos días jornadas tristes, desalentadoras... No era Audrey Dane la compañera, ni tan siquiera la amiga, que necesitaba Ziegfeld. Sólo vivía pendiente de su propia satisfacción y capricho, aunque en ello fuera la tranquilidad y el bienestar de los que la rodeaban... Cada vez la marcha se dificultaba más. Los espectáculos de Ziegfeld habían tenido expertos imitadores y los negocios no eran tan prósperos como al principio. Pero no por ello abandonaba su ideal.

Sus finanzas pasaron por momentos apurados... Debía a todo el mundo. Los proveedores amenazaban con no servir nuevo material hasta cobrar sus deudas...

Lejos de él, de aquella estrella que guió su vida, Ana sentía desmoronarse toda la quimera de sus ensueños y cual castillo de naipes hundirse en el dolor y la trágica soledad la felicidad de su amor... Quiso sin embargo, probar la amargura de la separación, con la secreta esperanza de que cuando su Flor volviera a su lado sería ya para siempre, sin temores ni angustias... plenamente...

Pero, dulce y buena, confió sólo en sus callados llantos, en esas lágrimas que, ardientes, le quemaban la tez. No supo o no quiso luchar contra la mala mujer que le arrebatara a su bien amado, y no era tampoco Audrey Dane de las mujeres que, una vez triunfantes, perdieran su conquista por un noble renunciamiento. Ana siguió las incidencias de la vida de su esposo. Pero no tuvo suficiente audacia para plantar cara a la usurpadora y reconquistar con su inmenso cariño aquel privilegiado lugar en el corazón del inconstante.

Y, del y dulce amada, continuó en espera de un arrepentimiento que jamás había de llegar...

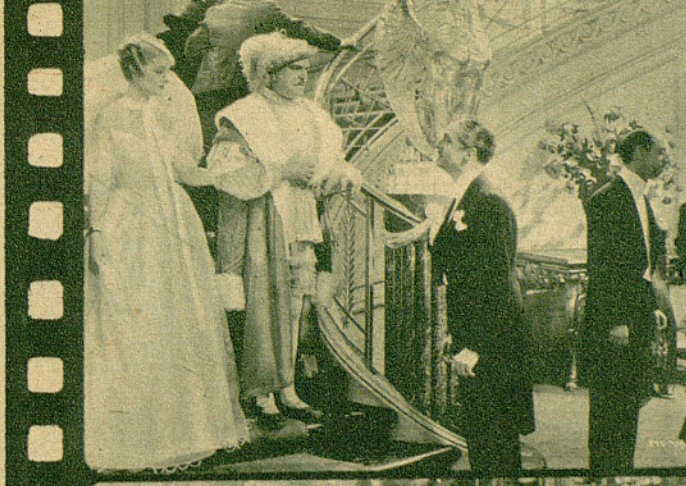
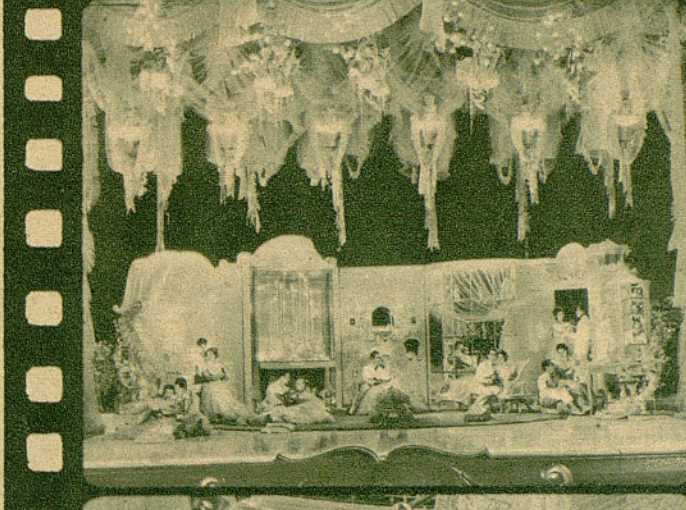
Audrey Dane fué como el rayo destructor en la vida de Florence.

Al compás de las composiciones de música moderna aparecía en escena como copo de nieve y para dar a su cabecilla loca la diadema necesaria, Florence supo crear para ella la corona más deslumbradora que imaginarse pudiera.

Tras ella todo quedaba empuñecido... Y por ello, tal vez, la fina perspicacia del genial creador de maravillas ponía casi siempre aquella legión de «boys» simétricos, que danzaban al compás del jazz, como movidos por un resorte mecánico, la más exacta y mecánica de las danzas.

Pero Ziegfeld conocía al público, y antes que nadie fué el mismo quien pidió la necesidad de introducir innovaciones... Aquellas viejas formas tenían que evolucionar, renovarse...

—Yo, que he lanzado a Eddie Cantor, que he tenido conmigo a Will Rogers, que impuse en el mundo la moda de las plumas con Sally Eilers, os predigo que hemos de hacer algo para invectar nueva savia a nuestros espectáculos...





Tres chicas que aseguran que para adquirir gracia y sultura hay que caminar una hora diaria con libros en la cabeza. Claro, y a las personas que tienen cosas raras en la cabeza hay que ponerles camisa de fuerza. (Foto M.-G.-M.)

Luise Rainer ha firmado un nuevo contrato de largo término con la Metro-Goldwyn-Mayer. Esta admirable actriz vienesa es la protagonista de «La buena tierra», junto con Paul Muni.

La exquisita Luise debutó en Hollywood en «La mujer desnuda», con William Powell. Su papel más reciente fué el de Anna Held en «El gran Ziegfeld».

El próximo film de Katharine Hepburn se titulará «Quality Street»; será dirigido por George Stevens y los demás intérpretes serán: Franchot Tone, Eric Blose y Florence Lake.

En Londres será llevada a la pantalla la opereta «La casta Susana», con un reparto que se hará público en breve.

«Spanky» Mac Farland, el famoso gordito de «La Pandilla», aparecerá en adelante en producciones de largo metraje, sin olvidar sus películas cortas, de acuerdo a un nuevo contrato por cinco años recientemente firmado.

¡UNA ARTISTA EXIGENTE!

A Virginia Bruce le gusta ir acompañada de un personaje diferente cada vez que sale a pasear, porque dice que ningún hombre reúne todas las cualidades que le gustan.

El acompañante ideal, según esta artista, debería poseer:

La gallardía de Robert Montgomery; la prestancia varonil de Clark Gable; la agudeza de Noël Coward; la habilidad de Fred Astaire para bailar; el buen humor de William Powell; la facilidad de Bernard Shaw para conversar; la pulcritud y buenas maneras de César Romero; la naturalidad de James Stewart; y la simpatía de Francis Lederer.

¿QUE HARIAN, SI SOLO LES QUEDARA UN DOLAR, CONOCIDAS ESTRELLAS DEL CINE?

A un reportero norteamericano se le ha ocurrido dirigir a un puñado de celebridades de Hollywood esta pregunta: «¿Qué haría usted si sólo le quedara un dólar?» Y los astros más famosos han contestado lo que sigue, para curiosidad de sus admiradores:

Maureen O'Sullivan: «No me gusta ser lo que se llama una mu-

jer práctica; pero si sólo me quedase un dólar, lo invertiría en provisiones y trataría de buscar trabajo.»

Clark Gable: «Hacerme cortar el pelo y afeitarme antes de salir en busca de trabajo.»

Jeannette Mac Donald: «Dárselo al primer mendigo que encontrara, con la esperanza de que la buena acción me trajera suerte.»

William Powell: «Si sólo tuviera un dólar, no me preocuparía de los impuestos.»

Jean Harlow: «Ir al mejor cine de la ciudad para olvidar mis tribulaciones.»

Robert Montgomery: «Cambiarlo en monedas pequeñas para creer que tenía mucho dinero.»

Myrna Loy: «Pensaría en la manera de duplicarlo.»

Spencer Tracy: «Tratar de aumentarlo.»

Robert Taylor: «Comer un buen guiso para reflexionar mejor.»

Rosalind Russell:

«Irme lo más lejos posible, para cambiar de ambiente y adquirir nuevas ideas.»

Franchot Tone: «Dedicarme a la agricultura.»

Virginia Bruce:

«No podría prescindir de apelar a mis padres para que me sacasen del conflicto.»

Chester Morris:

«Apostarlo a un buen caballo.»

Ted Healy: «Compraría un espejo para verme morir de hambre.»

Groucho Marx:

«¿Qué es un dólar?»

Una Merkel: «Depositaría el dólar en el cepillo de los pobres, sabiendo que Dios ve todo lo bueno que hacemos.»

Madge Evans: «Me ofrecía a las tiendas de ropa como modelo.»

Johnny Weissmuller: «Dar exhibiciones en alguna piscina pública y pasar luego una bandejita para recoger lo que la voluntad de los espectadores quisieran darme.»



La respetable mamá de Jean Harlow pescó este bizarro ejemplar de pez espada. Lo lógico, a mi entender, sería que la anciana pescadora se asomase a la foto para recibir los parabienes. Pero el departamento de publicidad de la Metro estima otra cosa. Como ustedes ven, Jean canta:

Soy la reina de los mares, ustedes lo pueden ver. Tiro mi pañuelo al suelo y lo bajo a recoger. (Foto M.-G.-M.)

En esta otra pose, la encantadora Jean Harlow asegura al compañero maquillador, que tiene un filo otorinolaringólogo en Siberia. El maquillador pasa a ser el pez espada de esta encantadora foto de propaganda, mientras se afana en dibujarle unos morados artificiales. (Foto M.-G.-M.)



Nos aseguran que es Mary Astor, pero no respondemos de su autenticidad mientras la propia interesada no nos enseñe la cédula. (Foto Columbia Films.)



Rouben Mamoulian ha firmado un contrato con la Paramount para dirigir a Irene Dunne en una película musical cuyo título provisional es «Alto, ancho y hermoso». Figuran en el reparto Randolph Scott de primer actor, Dorothy Lamour, William Frawley y Elizabeth Patterson.

REINCIDENCIA

Sigue la estrecha amistad entre Carole Lombard y Clark Gable. Con frecuencia se les ve comiendo o bailando jun-



Esto, aunque a simple vista parezca una cola, no es más que un cuerpo: el cuerpo de baile que tomará parte en una película musical de Eleanor Powell que filma M.-G.-M. La foto es el resultado de la detestable manía de retratarse que tiene la gente del film. En España, si la prueba sale bien, se saca una copia para cada uno y en paz; la cosa queda en privado. Pero en Norteamérica no ocurre así. Allí se sacan diez mil copias, se mandan a diez mil periódicos y cien millones de lectores tienen que enterarse de lo ridículo que está usted, Dave Gould, con su holgado traje de buzo, rompiendo la estética simetría de las piernas de todas clases —bonitas y feas— que aparecen en el conjunto. (Foto M.-G.-M.)

rada, se queja ahora de que es víctima de una explotación inicua. En efecto, en vez de trabajar en cuatro películas por año, que es lo convenido, le han hecho trabajar en seis.

¿No es un abuso? Sí, señor. Es un abuso intolerable. Cuando no se ganan más que cuatro mil quinientos dólares semanales no hay derecho a exigir estos esfuerzos sobrehumanos.

¡Guerra a los jornales de hambre!

¿EN QUE QUEDAMOS!

La gordura entre las estrellas de Hollywood es tan temida como la peste en los pueblos primitivos. La gordura que dicen que es tan amable y produce tanta jovialidad a los que la poseen, entre las artistas del cine causa verdadero pánico. Significa renunciar a seguir apareciendo en las pantallas de todo el mundo. Significa el olvido, la vejez. Significa que ya nadie le pida su fotografía. Significa la muerte en vida. Así, la gran cruzada en Hollywood no es como en el resto del mundo contra el cáncer, contra la tuberculosis, contra la difteria. Allí es contra la gordura. Preguntáis por una artista que os cautiva: hace unos años y cuya figura no habéis vuelto a presenciar sobre el telón blanco y os dirán: —¿Fulana? Ah, sí; la pobre engrasó mucho, tuvo que retirarse. Ahora tiene una chacra y se dedica a la cría de gallinas.



Y eso equivale a decir dentro del arte cinematográfico: Se murió la gorda. Todo esto está muy bien, dirá el lector, pero ¿y Mae West? Mae West ha explotado las formas redondas. Ha sido su éxito. En un lugar donde todas

Para sentar una cuestión de principio, el marido rompió un plato. Entonces ella le amenazó delicadamente con el revólver. De eso hace cuatro años. Desde entonces no ha vuelto a romperse un plato en la casa.

las mujeres hacían esfuerzos extraordinarios por asiluetarse, por parecer finas y frágiles, llega esa matrona apetitosa y excitante y llama, por contraste, poderosamente la atención. Mae West es como si en un banquete de vegetarianos se sirviera de pronto un doradito lechón. ¿Cuántos vegetarianos se resistirían?

FALTA DE IMAGINACION

Aunque cueste creerlo, es un hecho que Gail Patrick despreció recientemente la tentadora suma de tres mil dólares. Una de las revistas más populares de los Estados Unidos le ofreció dicha suma por una serie de artículos acerca de la cultura de la belleza.

—La que nace hermosa sigue siéndolo —dijo Gail—, y la que nace fea no puede remediarlo. Lo único que puedo decir —añadió— es

LO QUE VENDRA



King Vidor, productor y director de «Los rurales de Texas», acompañado de sus ayudantes y miembros de la compañía durante el almuerzo. De izquierda a derecha: Fred Mac Murray, Betty Hill, secretaria de Vidor, la señora Oakie, Jack Oakie y Nesta Charles, encargada del guión. Bennie Bartlett, que también figura en el reparto, aparece en el fondo. (Foto Paramount.)

que maquillándose con destreza, peinándose con cuidado y poniéndose ropa bien hecha una mujer puede mejorar mucho. Pero esto es todo lo que se me ocurre respecto a este punto y no veo manera de aumentarlo hasta poder escribir una serie de artículos por valor de tres mil dólares.

Quizá Gail tenga razón, pero tres mil dólares son mucho dinero.

ESTOS, FABIO.

¡AY, DOLOR!

Alice Lake, popular estrella en la época del cine silencioso, que, según informa un colega estadounidense, ha tenido que ir a la cárcel por no poder pagar una multa de diez dólares.

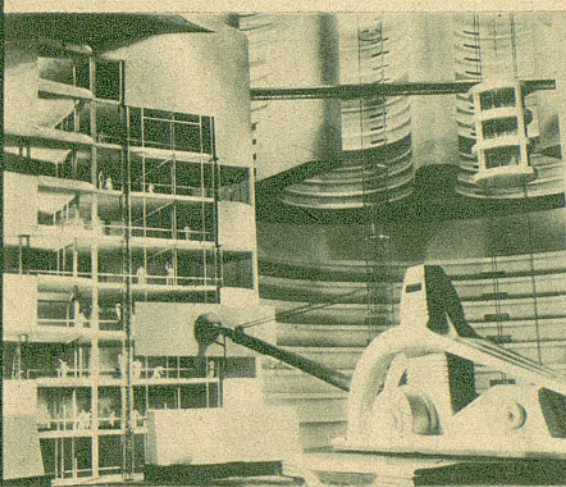
Miss Lake ganaba no hace mucho, dos mil dólares



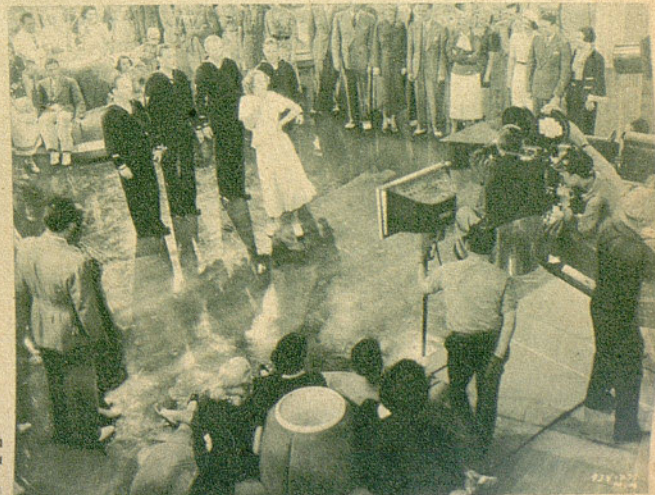
Jean Harlow y Franchot Tone repasan su papel un momento antes de interpretar una escena del film en edición actualmente. (Foto M.-G.-M.)

semanales. Apenas pensar lo efímera que es la gloria de estas famosas estrellas de la pantalla.

James Stewart, el paciente enamorado de Jean Harlow en «Entre esposa y secretaria», ha firmado un nuevo contrato con la Metro-Goldwyn-Mayer. Stewart aparecerá en «Speed», junto con Wendy Barrie, Weldon Hayburn y Una Merkel.



Edificando un mundo nuevo. Una escena maravillosamente realizada de la visión profética de H. G. Wells «La vida futura», trasladada a la pantalla por Alexander Korda (productor) y W. Cameron Menzies (director). (Foto Artists Asociados.)



Eleanor Powell en un momento de su último film. (Foto M.-G.-M.)

FUERA DE PROGRAMA

tos en los restaurantes de moda de Hollywood. Y ya que hablamos del famoso galán, vamos a relatar el diálogo que sostuvo el otro día en el estudio con Joan Crawford. Decíale ésta:

—¿Cómo quieres que un segundo casamiento no sea feliz, si se tiene ya la experiencia del primero.—

A lo que respondió Clark:

—¡Toma! Si los primeros casamientos fuesen de una experiencia cabal, nunca habría casamientos en segundas nupcias.—

UN ABUSO INTOLERABLE

James Cagney le acaba de ganar un pleito a la Warner Bros. El ilustre James, que hace unos años tan sólo, se rompía los pies por los cabarets de tercer orden, bailando a precios de fin de tempo-

LA ANÉCDOTA
EN
PRIMEROS
PLANOS



FilmoTeca Edmundo Lowe

uno de los hombres más elegantes del cine, debe parte de su fama a su malograda esposa Lilian Tashman, sin la cual es posible que no acierte a "vestirse bien"

por un periódico. El negocio marchaba a las mil maravillas, hasta que un día acertó a pasar su padre.

Se alegró muchísimo de verle tan trabajador y diligente, dándole diez centavos a cambio de un diario.

No obstante, su placer duró muy poco. Al llegar a la oficina pudo comprobar que el periódico era atrasado. Este fué el motivo por el cual aquella misma noche le hizo cambiar de profesión, no sin antes propinarle una paliza de padre y muy señor mío.

Edmundo Lowe, a pesar de haber cursado estudios en la universidad con gran provecho, tiene una memoria imposible. En vida de su malograda esposa Lilian Tashman —la primera víctima producida por el cine en 1934—, dependía completamente de ella, que tenía que cuidarse, no sólo de sus asuntos personales, sino también de los de su marido.

Refiere James M. Fidler, que ha sido durante ocho años el encargado de sus asuntos de publicidad, que Lil poseía un libro en el cual apuntaba lo que tenía que hacer todos los días. Antes de marchar al estudio, «Eddie» pasaba la vista por sus páginas para enterarse del programa a desarrollar antes de llegada la noche. Tanto sus asuntos personales como profesionales estaban en él apuntados, día tras día. Si alguna vez olvidaba sus compromisos, la culpa, pues, no era de su esposa.

Estaba tan acostumbrado a apoyarse en ella, que no sabía hacer nada bien sin antes oír sus consejos. Lil escogía todos sus trajes, sus camisas, corbatas, calcetines y zapatos. Le indicaba lo que era apropiado para la mañana, para la tarde o noche. Se cuidaba todos los días de cepillarle la ropa, arreglarle el nudo de la corbata y otros detalles concernientes a su persona. Ahora viene a cuento un ocurrido que se desarrolló mientras Edmundo Lowe jugaba una partida de billar con otro amigo:

—¿Qué haces para vestir tan bien, hasta el punto de qué estás considerado como uno de los hombres más elegantes del cine?

—Por mi parte, nada. Si no fuera por mi mujer vestirla de otra manera, tan despreocupadamente como cuando era soltero. Lilian es tan experta en sus gustos que me los transmite sin darme cuenta.

Cada vez que su mujer tenía que ausentarse del hogar, para hacer una película o visitar a su familia, que habita en Nueva York, Eddie se encontraba perdido. No hacía ninguna cosa a derechas. Usaba el mismo traje cada día, no sabiendo dónde hallar sus prendas interiores para mudarse.

¿Ahora qué hará Edmundo Lowe sin Lilian Tashman? ¿Quién le recordará lo que ha de hacer a diario, el traje que tiene que ponerse o la corbata más en consonancia con su personalidad?

Celia de MONTALBAN

EDMUNDO Lowe es uno de los astros más populares de la pantalla. Sus personificaciones de tipos del hampa y perfectos caballeros difícilmente se olvidan. Asimismo, tiene sobrados motivos para merecer el título de atleta, ganadero, horticultor, criador de perros de raza y otras varias cosas.

Posee un rancho, que se halla situado en las montañas de Santa Cruz, o, lo que es lo mismo, una de las fincas más bellas de California. En ella hay viñedos, gran variedad de aves, centenares de reses, que pastan en sus colinas, y un criadero de perros, con admirables ejemplares de galgos y «setters». Y en las colinas de Beverly Hills, una casa con hermosos terrenos y otra en la famosa playa de Malibú, donde las estrellas cinelándicas pasan sus mejores ratos.

Una de sus peculiaridades consiste en usar reloj de pulsera. Dejó el de bolsillo porque le resultaban caros los cristales. Esto le ocurría por hacerle dar vueltas al extremo de la cadena, que enrollaba y desenrollaba con su dedo índice. Los guantes que invariablemente gasta son amarillos.

El padre de Edmundo Lowe fué juez en San Diego (California). De pequeño se dio cuenta de que los abogados que actuaban bajo su jurisdicción consideraban buen sistema el tenerle contento. Por eso concibió la idea de vender periódicos. Reunía todos los diarios que encontraba en la vecindad y se detenía en la esquina por donde sabía que pasaban los abogados para ir al tribunal.

Por regla general, cada uno de ellos le daba cinco centavos diarios



Edmundo Lowe con su malograda esposa Lilian Tashman.

(Fotos Universal.)

e
ci-
ra-
ual
en"

que
dole
budo
or el
antes
ersi-
e su
por
que
s de

ncar-
cual
char
del
intos
día.
de

acer
sus
pro-
los
otros
ocu-
rtida

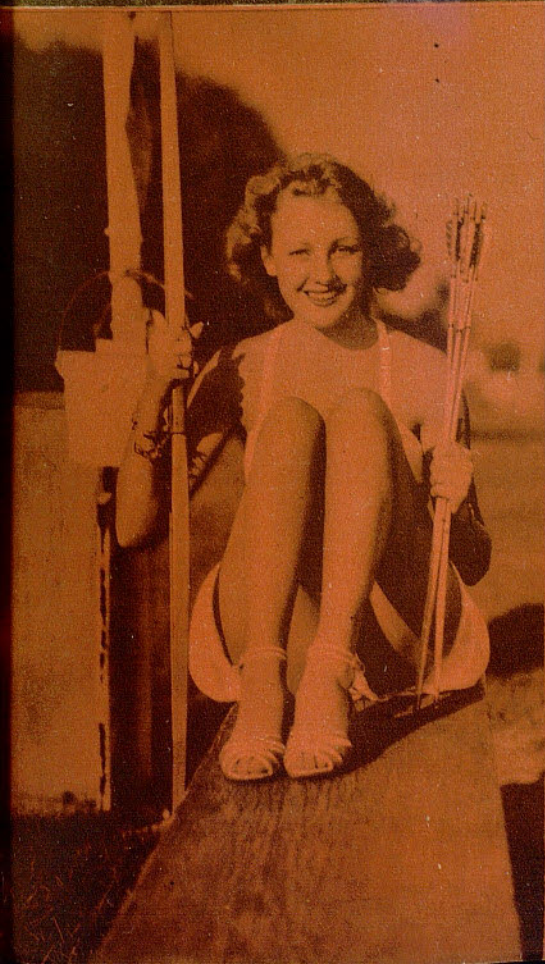
estás

ma-
tan
que
dar-

r te-
ho-
oeli-
nilia,
York,
per-
co-
a el
no
sus
mu-

undo
man?
que
el
po-
s en
erso-

BAN



FilmoTeca

de Catalunya

VIRGINIA GREY

cual Diana moderna,
muestra la eurytmia de
su maravilloso cuerpo
de diosa en esas ala-
das poses, que nos
hacen caer víctimas,
no del arco y de sus
flechas, sino de su gra-
cia y de su hechizo.

(Fotos M.-G.-M.)





MADGE EVANS
(Foto M.-G.-M.)